

No se olvida

Neftali Nava



Capítulo 1

No se olvida

No me puedo mover, mis piernas están paralizadas. Enserio, intento correr, pero no puedo. Por el contrario, siento correr por mis venas sangre helada: mi corazón late exorbitantemente. Latidos compulsivos que llevan la sangre a chorros por todo mi cuerpo, una sangre que me lastima. Es como una hemorragia de navajas que me cortan desde el interior. Veo correr a una multitud inerme a mi alrededor. Pero yo no escucho sus voces, solo oigo mis mil y una arritmias. Alguien se para frente a mí, me toma de los brazos, me zangolotea; lo miro, pero no lo conozco, me dice algo, pero no lo escucho. Yo solo miro su cara de desesperación, una cara aterrada que, supongo, me grita. Mi respiración es cada vez más agitada, errática, señal de que la ansiedad se comienza a apoderar de mí. Mis oídos comienzan a escuchar, pero lo que escucho es un zumbido. Un zumbido lastimero, un zumbido que intenta protegerme de la realidad. Poco a poco el zumbido comienza a mermar y da paso al sonido verdadero, al sonido de la cruel verdad. Entonces comienzo a escuchar. "¿Qué haces? muévete, corre, icorre!", me vocifera el muchacho mientras me agita. Mis piernas reaccionan, corro, corro por mi vida. Mis oídos captan, por fin, el estruendo de la realidad. Gritos inundan mis tímpanos, gritos lastimeros, desesperados. Gritos de nadie, porque no somos nadie. Todos esos gritos son solo ecos, porque dejamos de ser alguien cuando todo ocurrió. Sigo corriendo a prisa, ahora los gritos y lamentos quedan en segunda posición, porque ahora solo contemplo el bullicio de las balas. "Balazos, balazos de verdad, ¿Por qué nos tiran balas de verdad?", alcanzo a oír a una señora, que está tirada en el suelo, ensangrentada.

Balas de metal, su estrépito es ensordecedor, abarca todo el viento, como un grito sádico, un grito funesto; como el epílogo de un libro que todos tratamos de escribir.

En mi incapacidad de oír, mientras huyo del lugar, ahora capto imágenes atroces. Veo cuerpos tirados en el piso. Veo grandes lagunas carmesí. Lagunas rojas y viscosas, las piso, no puedo evitarlo, están asentadas por todas partes, por toda dirección a la que quiera huir.

Me percato, al contemplar la escena sacada de una película de guerra, que son los militares los que nos tiran a matar. Volteo al cielo porque miro caer una lluvia de balas de él. Ahora las veo, son dos aves inmensas, metálicas; sus aleteos cimbran el lugar, provocan ráfagas de aire que levantan las faldas de las muchachas, de las niñas, de las madres, de las ancianas. No basta con eso, también nos escupen balas. ¿Qué hago? ¿A dónde corro? Si de todas direcciones salen los proyectiles. ¿Cómo me

defiendo? ¿Cómo nos defendemos? Sino tenemos armas, no tenemos chalecos, no tenemos helicópteros.

Entonces opto por subir las escaleras de uno de los edificios cercanos, pero para mi sorpresa no fui la única con esa idea. De las escaleras desciende una cascada roja, mal oliente, con hedor a pólvora, emanado un tufo a crimen, con aroma a opresión. Una vez arriba, intento abrir las puertas de los departamentos. Grito, pido que me abran, golpeo las puertas; pero no responde nada, nadie. Escucho el llanto de un niño, me asomo al balcón y veo un niño tirado en el suelo, de tal vez unos seis o siete años. Está tirado al lado de un cuerpo inerte. "Mamá, mami, levántate, ¿Por qué no me hablas mamá? ¿mami?", escucho que le dice el niño a ese cuerpo ya sin vida. Le grito: " ¡Niño, ven, sube conmigo, allá abajo te van a matar a ti también!". No me escucha, decido bajar las escaleras, pero me detengo, porque veo pasar frente a mí ráfagas de balas. Pedazos de escombros comienzan a salir volando, cayendo, llorando, de todas partes. Vuelvo a subir las escaleras y le sigo gritando al niño. "Niño!, ven, ven no puedo bajar, icórrele para acá conmigo!, o vete, vete corriendo, pero vete de ahí". Sigue sin escucharme ¿Qué hago? Ni modo de bajar y recibir a la muerte. La ansiedad se vuelve sobre mí, la impotencia me ciega, me arrebatada, me hiere. Entonces sucede lo peor: el niño cae al suelo. La lluvia cobra protagonismo, llueve a mal. Caer mis lágrimas a mal veo, no cesan, tampoco las lágrimas del cielo: al igual que las mías, son como hielo. Y soy yo quien pide al cielo que termine esta pesadilla. Me quiebro, la amargura pesa en mí, como un yugo de dolor, de rencor, de impotencia. ¿Soy una cobarde? ¿Debí bajar por el niño? Jamás me lo perdonaré. En otro piso escucho que alguien me habla: "Niña, vente, sube, sube".

Asciendo y me encuentro con una anciana, "Entra, entra", me dice. Entré a su casa, había más gentes, sobre todo muchachos. "No fue tu culpa, niña ¿Qué podías hacer? El niño no te escuchaba" me dice la viejita tratando de consolarme. Volteo a mi alrededor, todos están igual que yo: desconcertados, inermes, inertes, con miedo. Las máscaras se nos cayeron a todos, esas máscaras revolucionarias, máscaras con las que tratábamos de ocultar nuestro miedo. El miedo se apodero de todos, ya hacía eco dentro de nosotros, pero ahora el eco se convirtió en sonido viviente. Tengo miedo, mucho miedo.

"La lluvia se acrecentó, está más tupida. Sin duda Dios llora por lo que pasa ahorita", versa la abuelita, mientras observaba la lluvia, parada en la ventana. "Este lugar fue alguna vez centro de ceremonias de los mexicas, aquí hubo mucho derramamiento de sangre, por los sacrificios a los dioses antiguos, los originales dioses de México. Solo que México se olvidó de ellos, pero ellos no olvidan y menos la tierra. La tierra pide sangre, los dioses piden sangre; y si su dios llora, es porque nada puede hacer al respecto. México, y sobre todo este lugar, les pertenece a ellos", Le asevera a la anciana, un señor de unos treinta años, que se hallaba con

las manos entre las piernas, en un rincón de la casa.

Ya había leído sobre las ruinas de este lugar, su historia, pero pensé que este lugar estaba bendecido, precisamente por los dioses mexicas. Ahora me doy cuenta de que no es así. Esta tierra está maldita, pero ¿por quienes? ¿por los dioses mexicas? No, su maldición se debe a su pueblo, desde la época de la Gran Tenochtitlan. Desde esa fatídica noche de la masacre.

Estuvimos con la abuela hasta el alba. Antes del amanecer, escuchamos sirenas. Suponemos que eran sirenas de bomberos y ambulancias, pero nadie quiso salir. Todos mis compañeros -los muchachos- pedían un teléfono para marcar a sus familias, para avisarles qué estaban bien. Yo soy indiferente a todo ello, no me importa mi familia, sé que ellos tienen la certeza de que yo estoy bien. A mí solo me carcome la culpa desde el interior. Mi rompecabezas se desarmó, las piezas ya no embonaron. Todo porque me falta una pieza: la pieza de la redención. Pues la culpa me persigue ahora, desde que vi el cuerpecito del infante. Aún más que el terror, la impotencia, la zozobra y el miedo.

“¿No quieres hablarle a tu mami?”, me pregunta la señora. Le respondo que no, y le doy las gracias por dejarme quedar, por abrirme la puerta de su casa. Es entonces que despierto de mi letargo, de mi vigilia; abro la puerta y salgo a la intemperie lóbrega.

El aire mañanero me da en el rostro. Un aire ahogado, doloso, fúnebre. Un aire frío y desolado. Aire que es eco de las voces, gritos, llantos, de la noche anterior. Una brisa con olor a muerte, a llamas apagadas, a opresión. Con un penetrante hálito a sangre. Volteo al cielo, juro que lo veo gris. Al bajar me sorprende que no están los cuerpos de la madre y del niño. No hay cuerpos ¿Dónde están? Yo vi muchos mientras corría para sobrevivir. ¿Se los llevaron? ¿Los escondieron? No lo sé, y creo que jamás lo sabré.

En la Plaza, donde todo ocurrió, donde dio inicio la brutal matanza, se siguen viendo las impresiones de las lagunas de sangre, pero ya desdibujadas por la lluvia que azotó anoche. Sin embargo, la lluvia no limpió nada. Ni la conciencia, ni la sangre; ni el cielo, ni la tierra. La lluvia fue llanto, sí, pero no creo que fuera llanto de Dios. Fue llanto de la vida. La vida que lloraba porque la arrebataban de los jóvenes, de los niños, de los ancianos; de todos los que acudieron ese día al mitin. ¿En verdad era necesario esa matanza? Lo dudo, el diálogo siempre fue nuestra arma. De igual manera, de armas utilizamos las protestas, las pancartas, los panfletos. En cruel contradicción, las armas de ellos no fueron las balas, sino la opresión, el encarcelamiento, las amenazas. Lograron su cometido: mandaron a callarnos para siempre. Que los perdone Dios, porque yo jamás lo haré, y creo que cientos de miles de mexicanos tampoco. Nunca olvidaré lo que sucedió esta tarde noche. Una noche que fue eterna, una

tarde que en la que el cielo se pintó de arreboles rojos: prólogo del presagio. Jamás olvidaré los cuerpos tirados, la sangre, las balas; a los propios militares matando al pueblo. Nunca olvidaré al niño, la culpa, la impotencia, el terror. Pero, sobre todo, de ninguna manera olvidaré la traición. La traición de un gobierno hacia su pueblo. Porque el 2 de octubre de 1968, no se olvida.